

CAPITÁN.— [Más jovial.] ¡Claro que no!

PRAXEDIS.— Entonces, déjenos libres.

CAPITÁN.— Le digo que soy terco. Usted está muerto. Nunca volverá a ver a su mujer... Es casado ¿verdad?

PRAXEDIS.— Eso está fuera de nuestro diálogo.

CAPITÁN.— Como quiera, pero alguien lo estará esperando, y lo esperará toda la vida... y usted jamás regresará.

PRAXEDIS.— En todo caso, ese sería mi problema, no el suyo.

CAPITÁN.— Yo no estaría tan seguro.

PRAXEDIS.— ¿Por qué? ¿Lo espera a usted alguien? [*El CAPITÁN mira a PRAXEDIS con frialdad.*] ¡Me parece que no! Entonces usted podría ser un revolucionario modelo.

CAPITÁN.— Quizás... pero por el momento soy su enemigo. Mire, a mi no me importan esas armas. La guerra no se gana en esta trinchera, hay muchas otras; pero la ley militar me obliga a ganar esta escaramuza. No me obligue a matarlos... no vale la pena. Hable con sus amigos, así podrá salvarles también la vida... ¿Qué me dice?

PRAXEDIS.— Que soy tan terco como usted.

CAPITÁN.— ¿Por qué pelea esta guerra?

PRAXEDIS.— Para salvar mi pellejo, si me hubiera quedado en mi pueblo ya sería hombre muerto.

CAPITÁN.— No lo entiendo.

PRAXEDIS.— Su gobierno me obligó a ir a la revolución. Había una orden de aprehensión en contra mía, y decidí que si de todas formas iba a morir, era preferible hacerlo en el campo de batalla y no en un oscuro paredón.

CAPITÁN.— Usted ya sabe lo que es tener miedo a la muerte.

PRAXEDIS.— No le tengo miedo a la muerte.

CAPITÁN.— Pues debiera. Es la oscuridad eterna, con ella termina todo. Por eso no tiene sentido querer precipitar el final.

PRAXEDIS.— Usted no es libre, Capitán, tiene que seguir una ley militar. Yo aún soy libre... y puedo decidir mi muerte.

CAPITÁN.— Es libre de decidir solamente cuándo quiere morir.

PRAXEDIS.— Usted no está convencido de esta guerra, Capitán.

CAPITÁN.— [*Se incorpora.*] El interrogatorio ha acabado.

PRAXEDIS.— El suyo, no el mío. Si ganan la guerra, ¿qué será de usted? Y si la pierden, ¿a dónde irá?

CAPITÁN.— ¿Lo quiere saber? Hace mucho que lo pienso y a nadie puedo decirlo. La esperanza es, hoy por hoy, la virtud nacional. Mi gobierno espera; la revolución espera; usted espera volver con los suyos; el muchacho, quizás una joven; el viejo, un poco más de vida. Pero no se puede construir un mundo sobre la esperanza. ¿Qué queda de México? Sólo un poco de esperanza... una pequeña flama...

PRAXEDIS.— No creí que fuera un hombre de ideas.

CAPITÁN.— Usted me preguntó y tuvo la culpa de este diálogo... Piénselo... su muerte en nada va a cambiar el panorama, quizá viviendo, algo pueda hacer. Es todo. [*Cambia de parecer.*] Espere. [*El CAPITÁN le da una botella de tequila, PRAXEDIS la rechaza.*] La noche es fría... al viejo le hará falta.

PRAXEDIS la acepta. Oscuro del área de los interrogatorios.

ESCENA 5

Tentación segunda: Un duermevela

*Aparece una figura femenina con máscara de mujer de mediana edad —
MARÍA II—. No es hermosa pero posee una gran dignidad.*

MARÍA II.— ¡Praxedis... amor! No quieras hacerte el héroe, no vale la pena. La patria puede tener otros héroes, pero yo no puedo tener otro hombre... En las noches te necesito... Los hijos ya no preguntan por ti... tu nieto ya no se acuerda de ti, a pesar de que diario le hablo de su abuelo... [PRAXEDIS ha ido apareciendo lleva el dorso desnudo. MARÍA II no puede verlo ni oírlo; PRAXEDIS la percibe, pero no puede acercarse a ella.] ¡Praxedis, regresa! Sé que aún vives... lo sé... como también sabré cuando mueras... en ese mismo instante mi corazón me lo dirá.

PRAXEDIS.— ¡María, María! Los que se aman nunca mueren del todo... nadie muere del todo.

MARÍA II.— ¿Dónde estás ahora? Si pudiera platicar contigo...

PRAXEDIS.— No me oyes, aquí estoy...

MARÍA II.— Debes estar durmiendo, o preparando una emboscada, o jugando cartas y bebiendo. Otros comparten esos minutos de tu vida, oyen tu voz, miran tus ojos, y no vibran. Y a mí, que te deseo, se me niegan esos privilegios. ¡Maldita hacienda! Tiene la culpa de esta separación. Y todo por no saber cuidar la lengua. Te lo dije muchas veces. «No hables,» pero desbarraste criticando la pérdida de la hacienda; hasta que tuviste que huir. Si me hubieras oído al principio, cuando yo no quería que avalaras al amigo de tu hermano. No me importó haber perdido la hacienda, pero si me importan todos los minutos que me han separado de ti.

PRAXEDIS.— ¡María, aquí estoy, tócame!

MARÍA II.— Antes dormía en tu hombro, y mi sueño se iba a un foso profundo, donde encontraba la paz. ¡Ahora no tengo paz! A veces duermo en tu lado de la cama, me pongo tus ropas para imaginarme que me abrazas y rocío tu loción sobre tu almohada... Pero nunca llego a sentir que tus brazos me cobijan. ¡No es justo! ¡No pueden matarte!... ¡Tienes que vivir... vivir para mí!... ¡Nuestros hijos te necesitan... y yo también te necesito! [Llora con placidez.]

PRAXEDIS.— ¡María, no ves que no puedo acercarme a ti! Quisiera abrazarte para volver a ver tus ojos de doncella al primer beso, y ver cómo entre mis brazos sucede de nuevo el milagro, y los destellos de la furia hacen florecer tu cuerpo, humedeciendo tus entrañas y perlando tu frente; y tus ojos, transformados por fuerzas mágicas, me miran y me desean... ¡María, nunca volveremos a amarnos! Hemos pasado tantos años juntos. Vi cómo te transformabas de niña en mujer. Sentí ternura al ver que tu cuerpo perdía la esbeltez y que tu rostro era marcado por el tiempo.

MARÍA II.— [Cotidiana.] Esta mañana me levanté pensando en ti más que otros días...

PRAXEDIS.— ¡María, voy a morir!

MARÍA II.— ...Preparé el desayuno, horneé el pan que te gusta...

PRAXEDIS.— ¡Escúchame, hoy voy a morir!

MARÍA II.— ...Y arreglé la casa, las plantas del jardín estaban secas...

PRAXEDIS.— ¡No sigas! ¡No sigas!

MARÍA II.— ...Después fui a ver a tu mamá, la pobre ha estado muy enferma...

PRAXEDIS.— ¡Cállate! ¡No puedo seguir!

MARÍA II.— ... Le llevé un poco de pan... [La figura de MARÍA II comienza a perderse lentamente.]

PRAXEDIS.— ¡María, por favor, no resisto más!

MARÍA II.— ...Nos contamos las mismas anécdotas que ya conocemos, y reímos y lloramos juntas. Tu lejanía nos ha unido... [*La silueta de MARÍA II ha sido comida por las sombras.*]
 PRAXEDIS.— [*Con gran certidumbre.*] ¡No quiero morir! ¡No quiero morir!

Oscuro del área de las tentaciones, mientras aparece la VIEJA que abre la obra.

VIEJA.— ¡Pero morirá!, eso yo lo sé, y si no muriera ahora, moriría después. Aquí tenemos tres hombres en una encrucijada sin salida, y todo por una guerra. A través de la historia he visto esta escena repetida muchas veces; podría cambiar los personajes y las circunstancias, pero esencialmente es siempre lo mismo, humanos que mueren en una encrucijada inútil. [*Pausa.*] Hace un siglo sus abuelos luchaban por la independencia de este país, un siglo les duró, un siglo con muchas luchas internas. Ahora pelean una guerra civil que llaman revolución, con una pérdida de un millón de muertos. ¿Cuándo aprenderán los humanos de la historia?... A veces he pensado que el hombre es un animal de pésima memoria. Esta noche el Capitán sufrirá uno más de sus insomnios... No me extrañaría que el autor de pluma fácil les haya preparado un monólogo... Pss, el Capitán va a hablar... [*Hace mutis.*]

ESCENA 6

La conciencia del verdugo: Un insomnio

CAPITÁN.— [*Viste uniforme de militar, lleva el cuello desabrochado. Usa quepí y juguetea con un fute —picana—. Dirige su parlamento al público.*] Tengo que tomar una decisión. En un lado de la balanza, tres vidas; en el otro, un principio vacío. [*Con el fute ha simulado la balanza.*] Ustedes, ¿qué harían? ¿Verdad que es difícil decidir? Después de todo nadie se ocupará de mi historia, nunca seré citado en un libro como héroe nacional, ni como traidor... ni ellos tampoco. Ni vivos ni muertos hacemos la historia. ¿Creen ustedes que influyen en el devenir de los tiempos? ¿Cuántas culturas nos han precedido? También ellas nacen y mueren como los humanos. ¿Cuándo le tocará a Latinoamérica la plenitud de los tiempos... como le tocó a Grecia y a Roma y a España? No sé ustedes, pero yo me siento mediocre... Y aquí estoy cavilando una decisión. ¡Claro que es muy cómodo dejársela a los tres prisioneros! Que ellos escojan entre la traición y la muerte. Al fin, escoger es sacrificar... y ellos tendrán que sacrificar entre vivir de esperanzas y ya no esperar la vida... ¿Qué haría yo? Podría claudicar... ¿Y ustedes? Espero que también ellos puedan. En la alborada lo sabremos.

Aparece la VIEJA súbitamente.

VIEJA.— [*Burlesca.*] Nunca has tomado una decisión porque los militares nunca toman decisiones, los superiores o las estrategias las toman por ellos.

La VIEJA le quita el quepí y el fute.

CAPITÁN.— [*Como si soñara despierto. Habla con voz de adolescente.*] Papá, papá, no quiero ir a la clase de esgrima, los soldados ya no pelean con espadas.

VIEJA.— [*Imitando la voz del padre de CAPITÁN.*] Tampoco los soldados leen poesía, y tu madre bien que te hace leerla.

CAPITÁN.— Mamá no me obliga.

VIEJA.— Como también te obliga a creer en Dios.

Aparece BENJAMÍN con la indumentaria de su personaje. La VIEJA le

pone el quepí y le da el fueite.

ADOLESCENTE.— ¿Por qué no hiciste tu propia revolución cuando tuviste mi edad? ¿Te pudiste haber liberado de la esgrima y de la beatería? [*Juguetea amenazador con el fueite.*]

CAPITÁN.— Yo hice mi revolución más tarde.

ADOLESCENTE.— ¡Pero me dejaste vivir una infancia triste!

Aparece PRAXEDIS. La VIEJA le entrega el quepí y el fueite que tenía BENJAMÍN.

HOMBRE.— Hiciste tu revolución cuando tuviste mi edad. ¡Fue una revolución a la europea, amenizada con buenos vinos y cafés literarios.

CAPITÁN.— ¡Ahí descubrí muchas cosas!

HOMBRE.— ¿Descubriste que también podías pensar? [*La VIEJA ríe burlesca.*]

CAPITÁN.— Sí, ¿y no es eso una revolución?

Los parlamentos siguientes son los remordimientos del CAPITÁN. La VIEJA finge la voz de la AMANTE FRANCESA.

VIEJA.— Mon amour, tienes que tomar una decisión, de un lado, París y yo, y del otro tu patria.

CAPITÁN.— No es tan fácil, mi amor, hay responsabilidades que no puedo abandonar.

AMANTE FRANCESA.— De todas maneras no será la única responsabilidad que vayas a abandonar en tu vida.

HOMBRE.— Y te volviste a servir a tu patria porque ella te necesitaba más. ¿Qué servicios le has ofrecido?

CAPITÁN.— Aquí estoy sirviéndola con mi vida.

HOMBRE.— ¿A tu patria o a la mitad de tu patria? ¡Estás matando compatriotas!

CAPITÁN.— No todos los que viven en este país merecen ese nombre.

AMANTE FRANCESA.— Mon amour, exiges demasiado de Europa, la historia aquí está detenida. ¡Disfrutemos juntos de la vida!

CAPITÁN.— La historia no se puede detener. Yo quise encontrar una respuesta aquí, pero el camino de tu patria y el de la mía van por derroteros diferentes.

AMANTE FRANCESA.— Está bien, ¡vete! De todas maneras nuestro amor no iba a durar mucho tiempo más. Adieu, mon amour... los amores que duran poco perduran en la nostalgia...

HOMBRE.— ¿Por qué la abandonaste? Porque le tuviste miedo a enfrentarte a una encrucijada de múltiples caminos.

CAPITÁN.— ¡Yo no le tuve miedo a Europa!

HOMBRE.— Huiste por miedo a perder la seguridad de tu disciplina.

CAPITÁN.— ¡Tú, cállate, mi adolescencia ya pasó!

AMANTE FRANCESA.— A veces creo que aún eres un adolescente. Yo no puedo acompañarte, no podría vivir en un país primitivo. Me gusta todo lo fino como a ti.

HOMBRE.— ¿De verdad no sospechaste la razón por la que tu amour no quiso acompañarte en tu regreso? [*Parodia el acento francés.*]

CAPITÁN.— Creí que esperaba un hijo.

AMANTE FRANCESA.— Te comprendo, vete en paz. Hay compromisos que no se pueden abandonar... Adieu, mon amour...

HOMBRE.— Para un estratega, huir es siempre la alternativa.

CAPITÁN.— ¡Me calumnian! Yo regresé porque quería servir a mi patria. Supe demasiado

tarde que ella tenía un cangrejo que le comía las entrañas.

VIEJA.— [*Dejando fingir la voz de la AMANTE FRANCESA.*] Si estás tan seguro, ¿por qué has vivido con remordimientos?

ADOLESCENTE.— Ya no puedes cambiar tu pasado...

Aparece el VIEJO sorpresivamente.

VIEJO.— Pero puedes preparar tu vejez [*La VIEJA ríe escéptica, mientras corona al VIEJO con el quepí y le entrega el fuate.*]

CAPITÁN.— ¡Aún soy viejo!

VIEJO.— Pronto lo serás. Me alcanzarás al final de tu historia.

CAPITÁN.— ¿Sabes cómo voy a... [*No se atreve a seguir.*]

VIEJO.— ¿A morir? ¡Claro! Yo te voy a cerrar los ojos. ¿Quieres saber cómo vas a morir? [*A la VIEJA.*] Señora, por favor, usted siempre tiene la última palabra.

VIEJA.— Es usted muy cortez.

La VIEJA le pone el quepí y le entrega el fuate al CAPITÁN y la coloca en la frente de éste, sin que oponga resistencia.

ADOLESCENTE.— ¡Preparen!

HOMBRE.— ¡Apunten!

VIEJO.— ¡Fuego!

VIEJA.— [*Dispara, pero la pistola no estaba cargada.*] ¡Aún no! Quizás algún día... porque todavía tienes la libertad de decidir sobre tu vida... ¡Y sobre la vida de tres prisioneros!

El CAPITÁN mira horrorizado a sus manos, que vuelven a simular una balanza. Oscuro total.

ESCENA 7

Una velada: La última botella

Aparecen los tres prisioneros en su celda. Están bebiendo a pico de botella. No están esposados.

NICOLÁS.— ¡Una buena botella es mejor que una doncella! [*Bebe.*]

PRAXEDIS.— Hay que hacer durar la botella, no se precipite.

NICOLÁS.— [*Se limpia la boca con la manga, y pasa la botella a PRAXEDIS.*] Mójese la garganta, que traemos mucho polvo del camino.

PRAXEDIS.— [*Bebe con medida.*] Sabe a mezcal.

NICOLÁS.— ¡Claro! El mezcal no es hipócrita como el tequila, sabe a maguey y a manos sucias. [*Le pide la botella a PRAXEDIS, y cuando va a beber se acuerda de BENJAMÍN.*] ¿Un traguito?

BENJAMÍN.— [*Con timidez.*] No.

NICOLÁS.— Con un traguito dormirás mejor y calentito... La noche es fría. [*NICOLÁS le da la botella a BENJAMÍN.*]

BENJAMÍN.— [*Bebe y tose.*] Es fuerte.

NICOLÁS.— El mezcal sí, pero tú no. ¿Qué tu padre no te enseñó a beber?

BENJAMÍN.— No, pero él bien que sabe. [*Ríe, y le regresa a NICOLÁS la botella.*]

NICOLÁS.— Yo le enseñé a mi hijo a beber. Desde pequeño me lo llevaba a las cantinas, ¡ja, ja! Era como un reloj; cuando se quedaba dormido en algún rincón, era el momento de irnos a casa. Al principio le gustaba la cerveza más que el mezcal, pero después le entraba al parejo. [NICOLÁS bebe, y le pasa la botella a PRAXEDIS.] Y usted, don Praxedis, ¿cuántos hijos tiene?

PRAXEDIS.— Cuatro, una hija y tres hombres.

NICOLÁS.— Tercia de reyes. Yo tengo quintilla de reyes y póker de reinas, ¡ja, ja! Bueno, eso si cuento todos los que he tenido. Con mi mujer tengo solamente seis, tres y tres. [NICOLÁS pide la botella a PRAXEDIS con una seña, bebe y se queda meditabundo por un instante.]

PRAXEDIS.— No me diga que a usted le da por la melancolía, tan contento que estaba.

NICOLÁS.— Borracho alegre, gracias a Dios y a los alcoholes, pero me acordé de mi mujercita, y se me agrió el corazón. Lo mejor que he hecho en mi vida es haberme encontrado con esa vieja. Si me pudiera echar de menos, usted regresará vivito y coleando.

NICOLÁS.— Vivito, quien sabe, pero coleando seguro que sí. Tengo la conciencia más cargada que la del diablo. [Le entrega a BENJAMÍN la botella.]

PRAXEDIS.— Usted no le ha hecho mal a nadie.

NICOLÁS.— Si le hablo con la verdad, sí le hice mal a alguien... aunque sin desearlo...

PRAXEDIS.— Entonces, ¿de qué se preocupa?

NICOLÁS.— A veces pienso que el diablo más se lleva pendejos al infierno por lo que dejan de hacer, que por lo que hacen. [A BENJAMÍN.] Si no bebes, no retengas. [BENJAMÍN le ofrece la botella.] Es tu turno, un trago es obligatorio desde la cuna al velorio; en este caso velorio. [BENJAMÍN bebe. ¡Ya va aprendiendo! [NICOLÁS le quita la botella a BENJAMÍN y mira el contenido.] Platicando y platicando, el camino se va andando. Don Praxedis, que no se diga que nos quedamos a la mitad del camino. [Le pasa la botella a PRAXEDIS.] ¿Y su esposa?

PRAXEDIS.— ¿Mi María?

NICOLÁS.— ¿Se llama también María? ¡Qué mundo tan repetido!

Hace rato Benjamín soñaba con otra María. [Se dirige a BENJAMÍN.] ¡Y no digas que no!... Les propongo un brindis —así de serio ni yo me lo creo—, ¡Por las tres Marías! Don Praxedis, usted primero. [Le da la botella.] Un buen trago a la salud de su María.

PRAXEDIS.— [Bebe.] Ahora a la salud de su María. [Le ofrece la botella a NICOLÁS.]

NICOLÁS.— No, primero Benjamín. [Este duda, luego toma la botella y bebe con pasión.] Ahora va por mi María. [Taciturno.] Por la mujer que me enseñó lo bonito que es vivir... y lo bonito que es morir. [Toma la botella con las dos manos y, con un movimiento casi litúrgico, bebe.]

PRAXEDIS.— Animo, no se ponga triste.

NICOLÁS.— [Jovial.] Nada de eso, que mientras queda bebida, queda alegría... ¿Verdad que es bonito vivir? [A PRAXEDIS.] ¿Qué le gusta más de la vida?

PRAXEDIS.— ¿Más que nada? Es difícil decirlo... Quizá convivir.

NICOLÁS.— ¡Qué respuesta tan rara! ¿Por qué convivir?

PRAXEDIS.— Convivir... significa, vivir con. Como si sumara mi vida con la de todos, y así pudiera vivir más.

NICOLÁS.— ¡Brindemos por eso! [Lo hace y pasa la botella a PRAXEDIS.] Y a ti, muchacho, ¿qué es lo que te gusta más de la vida?

BENJAMÍN.— ¿A mi? No sé...

NICOLÁS.— Tu María, ¿no es cierto? [BENJAMÍN sonrío.] ¡Anda, cuenta!

BENJAMÍN.— Lo que más me gusta es... verme con María [Continúa con picardía.] cuando va sola al río por agua.

NICOLÁS.— ¡Ja, ja, podrías ser hijo mío! Eso hubiera dicho yo a tu edad.

PRAXEDIS.— Y a usted Nicolás, ¿qué le gusta más?

NICOLÁS.— *Taciturno repentinamente.*] Ahora... los gustos de los viejos son distintos, en la vida van cambiando. Para ser feliz de niño, hay que ser tan sano como una semilla de maíz... De joven, hay que tener los músculos tensos y la cara despierta... Para ser feliz de hombre, hay que tener un poco más de luz aquí que los demás [*Señala la frente.*] Y de viejo, hay que saber envejecer con dignidad... Y esto es lo más difícil de alcanzar... [*Jovial.*] Queda un último trago. ¡Por nuestras Marías!

Los tres beben en silencio, mientras se hace el oscuro del área de la celda.

ESCENA 8

Tentación tercera: Un delirio

Aparece una Figura femenina —María III—, la máscara representa una mujer de cuarenta y cinco años, de bellos rasgos indígenas.

MARÍA III.— ¡Nicolás... Nicolás!...

NICOLÁS responde inmediatamente al llamado. Puede ver a su María, pero no acercarse a ella.

NICOLÁS.— [*Delirante.*] ¡No, tú estás muerta!

MARÍA III.— No, estoy viva. Toca mi cuerpo, palpa mis senos cálidos, ¡ja, ja!

NICOLÁS.— ¡No es cierto! Te vi en un charco de sangre.

MARÍA III.— Creíste que estaba muerta, pero era una treta para que te olvidaras de mí.

NICOLÁS.— ¡No! Yo te vi muerta.

MARÍA III.— Cuando te fuiste, me levanté, me sacudí las ropas, y ¡a buscar fortuna!

NICOLÁS.— ¡Tienes que estar muerta! ¡Yo te maté con estas manos!

La figura de María III desaparece instantáneamente; mientras aparece a la distancia la silueta de un hombre, es el LUGAREÑO I. Los rasgos de su máscara están casi perdidos.

LUGAREÑO I.— ¡María, Mariquita mía! ¡Ven, mira que viajé a caballo toda la noche para estar contigo!...

María III aparece junto al hombre.

MARÍA III.— Nomás cuando pierdes las cosechas te acuerdas de mí.

LUGAREÑO I.— No, qué va, nada más se va el sol, y pienso en ti.

La pareja se abraza.

MARÍA III.— ¡Mentiroso! Te vi en el pueblo pavoneándote con todas las quiceañeras.

NICOLÁS.— ¡María, no lo hagas! [*No lo escuchan.*]

LUGAREÑO I.— ¿Cómo crees que te puedo cambiar por esas chiquillas desabridas?

NICOLÁS.— ¡Respétame!

MARÍA III.— Otros ya lo han hecho, y se han arrepentido.

LUGAREÑO I.— Yo nunca me he arrepentido de nada.

NICOLÁS.— ¡No lo hagas ahora que voy a morir!

La escena de amor continúa con movimientos sincopados y lentos, mientras dialogan NICOLÁS y su MARÍA a la distancia.

MARÍA III.— ¿Por que no... si lo disfruto?

NICOLÁS.— Acuérdate de mi amor.

MARÍA III.— No ves que me consuelo sin tu amor, ¡ja, ja!

Aparece la silueta de un adolescente —LUGAREÑO II—, lleva máscara sin facciones. El LUGAREÑO I continúa con sus caricias.

LUGAREÑO II.— María, estoy decidido hoy.

MARÍA III.— [*Las cuatro manos de los hombres la acarician.*] ¿Crees que soy mujer para cuando tú quieras?

LUGAREÑO II.— No pude venir el otro día.

MARÍA III.— Tuviste miedo de convertirte en hombre, ¡ja, ja! Tarde que temprano, te entrenarás... ¡malos los viejos! [*Mira burlesca a NICOLÁS.*]

NICOLÁS.— ¡Un día te voy a matar!

MARÍA III.— [*A LUGAREÑO II.*] ¡Arriba, muchacho, que va a comenzar la ronda!

MARÍA inicia una danza grotesca, con el LUGAREÑO II a cuestras y casi arrastrando al LUGAREÑO I.

MARÍA III.— [*Canta con vulgaridad y ríe.*]

Si está alegre y vivaracha
tiene cama la muchacha.
Si está agria y respondona
falta cama a la matrona.

NICOLÁS.— ¡Tú eres mía! ¡Sólo mía!

María III se libera de las dos sanguijuelas sexuales, que caen con movimientos lentos.

MARÍA III.— ¡Yo no pertenezco a nadie!

NICOLÁS.— ¡Te di todo y así me pagas!

MARÍA III.— ¿Qué me diste? Una vida centavera hasta en el amor.

NICOLÁS.— Era todo lo que yo tenía.

MARÍA III.— No me mereces, eres un deshecho humano. Siempre serás un ¡indio!

NICOLÁS cae hincado y, con un cuchillo simula matarla, dando tajos en el piso.

NICOLÁS.— ¡Maldita! ¡Yo no seré solamente un indio, seré más! [*El cuchillo queda clavado en la madera. MARÍA grita desde la distancia como si la hiriera.*] María, te prefiero muerta, a verte destruir poco a poco. [*El cadáver de María III resbala lentamente de los brazos de los hombres, mientras la Oscuridad los cubre.*] ¡Pudimos envejecer juntos con dignidad!...

La figura de María III regresa sorpresivamente a las espaldas de NICOLÁS. Los lugareños han desaparecido.

MARÍA III.— ¡Volviste a caer en la trampa! ¡Nunca me podrás matar del todo!

NICOLÁS.— ¡Yo te maté y no me arrepiento!

MARÍA III.— Estoy muerta sólo para ti. Para ellos no lo estoy... La vida es buena, y aún no me llega la muerte.

El CAPITÁN aparece por el lado contrario de donde mira NICOLÁS.

CAPITÁN.— ¡Nicolás Amaya! ¿Creyó que podía escapar de la justicia con la mentira de la revolución? Lo único que logró fue aumentar la culpa. Matar a una prostituta es un cargo infinitamente menor que el de atentar contra la patria.

NICOLÁS.— ¡Yo no quería matarla! La amaba. [*La busca, pero ya no está.*]

CAPITÁN.— Por lo visto, usted mata a los que ama, por eso ahora mata compatriotas.

NICOLÁS.— Ya no sé lo que hago.

CAPITÁN.— Si habla, lo perdono. ¿Dónde está enterrado su tesoro?

NICOLÁS.— Si cierro los ojos lo veo...

Su MARÍA aparece a la distancia, sin que NICOLÁS la pueda ver. Tiene la tez mortecina y la mirada triste. A pesar de que hace un esfuerzo por acercarse amorosa a NICOLÁS, no lo logra; un vacío escénico, barrera entre vivos y muertos, se lo impide. NICOLÁS parece verla a pesar de tener los ojos cerrados.

CAPITÁN.— Hable.

NICOLÁS.— ¡Ahí está!...

CAPITÁN.— Dígame, dónde está.

NICOLÁS.— [*Ebrio de amor.*] En la hacienda del Vergel, bajo un montículo de tierra removida, sin señal ninguna, ni cruz, ni caja. ¡Ahí está! Una noche no pude aguantar las ganas de verla, fui a donde la... escondieron, bajo la tierra aún palpitaban sus carnes. La enterraron en una fosa común, entre cadáveres de hombres... sin caja, que es como decir desnuda... ¡Esa noche la desee, ahí sobre su tierra!...

CAPITÁN.— ¡Fusilen a este indio!

NICOLÁS.— ¡Mátenme, que soy indio de los de antes, de esos que son de una sola palabra!

CAPITÁN.— [*Mira por primera vez a María III.*] ¿Sabe usted dónde están escondidas las armas?

MARÍA III.— ¡Claro! Habla cuando está dormido; así supe todos sus secretos, hasta cuando intentó matarme. Las armas están en la hacienda de el Quemado, bajo un torreón, más enterradas que yo.

CAPITÁN.— [*Se acerca a María III y la abraza.*] ¿Cómo podré pagarte este favor?

MARÍA III.— De una sola manera...

NICOLÁS.— Pero yo te maté antes de esconder las municiones.

MARÍA III.— Yo no me quedé enterrada con tus armas.

CAPITÁN.— Nicolás, perdió la oportunidad de ser héroe... Gracias por su traición.

NICOLÁS se da cuenta de que el secreto fue ya revelado.

MARÍA III.— Tú seguirás siendo traidor, y yo seguiré siendo traviesa, cada quien disfruta sus debilidades. [*Con lascivia acaricia al CAPITÁN.*]

NICOLÁS.— ¡Pronto todos estaremos muertos! Tú, ayer; yo, hoy; y él mañana.

CAPITÁN.— [*Sin separarse de María III.*] ¡Preparen!... ¡Apunten!...

MARÍA III.— [*Con la lubricidad de una Bacante.*] Pero apunten bien... y luego, despacio,

como si fuera una de esas lluvias de verano, que pasan de una gota al diluvio... ¡Hagan fuego! hasta que me calcinen las entrañas.

A la voz de ¡fuego!, Nicolás ve de frente a su MARÍA y, delirante, escucha un disparo, mientras ella se retuerce con un orgasmo. Oscuro lento, y Pausa.

ESCENA 9

El amanecer de la encrucijada

En la celda, NICOLÁS está sentado y mira al vacío con ojos vidriosos. PRAXEDIS se despierta y, con un movimiento rápido, se sienta. BENJAMÍN continúa dormido. Ha amanecido.

PRAXEDIS.— ¿Pudo dormir algo?

NICOLÁS.— No.

PRAXEDIS.— Ya está amaneciendo... son las primeras luces.

NICOLÁS.— Dirá, las últimas.

PRAXEDIS.— No hable así.

NICOLÁS.— Pues es la verdad.

PRAXEDIS.— Ayer no hablaba así.

NICOLÁS.— Tuve malos presentimientos... El muchacho duerme tranquilo, sin malos sueños; como dormíamos cuando jóvenes...

PRAXEDIS.— Es mejor que duerma, así será más fácil.

NICOLÁS.— Así menos le durará la vida.

PRAXEDIS.— Pronto todo habrá acabado.

NICOLÁS.— Sávelo... nosotros ya vivimos.

PRAXEDIS.— No podemos.

NICOLÁS.— Usted puede convencer al Capitán. ¿Qué pierde?

NICOLÁS.— A ti no te va a pasar nada.

PRAXEDIS.— Tienes que ser valiente.

BENJAMÍN.— No quiero ser valiente.

PRAXEDIS.— No tienes otro camino.

NICOLÁS.— ¡Tiene que salvarlo, no quiero que lo maten!

PRAXEDIS.— ¡Cállese! Haré lo que pueda.

NICOLÁS.— Es tan joven. Apuesto a que no has estado con una mujer. [BENJAMÍN recuerda a su MARÍA.] ¡Ve, yo lo sabía! ¡Tenemos que salvarlo!

PRAXEDIS.— Hay que ser sinceros. No creo que haya muchas esperanzas.

NICOLÁS.— Para usted y para mí, no; pero sí para él. [A BENJAMÍN.] Verás cómo te salvas. Yo confío en don Praxedis. Volverás a ver a tu María, y a tu padre.

BENJAMÍN.— Quieren que no hable, por eso me están mintiendo.

PRAXEDIS.— Eres libre de hablar.

BENJAMÍN.— Anoche no dije nada.

PRAXEDIS.— Porque no quieres ser traidor.

NICOLÁS.— El Capitán no tardará en llegar. Tenemos que ponernos de acuerdo.

PRAXEDIS.— Estamos ya de acuerdo, ¿o no?

NICOLÁS.— Tenemos que hacer hasta lo imposible por salvarlo.

PRAXEDIS.— A mi no me engaña, este interés por el muchacho es una trampa para salvar

su pellejo.

NICOLÁS.— Yo puedo hablar con el Capitán, pero no quiero.

PRAXEDIS.— ¡Ande! ¿Por qué no lo hace? Así demostraría lo que vale.

NICOLÁS.— Sólo quiero salvar a Benjamín. Pudiera hablar.

PRAXEDIS.— [A BENJAMÍN.] ¿Hablarás?

BENJAMÍN.— [Casi con lágrimas.] No... no sé.

NICOLÁS.— Este muchacho no está preparado para la guerra.

PRAXEDIS.— ¿Está usted preparado para la guerra?

NICOLÁS.— Cada quien tiene una razón diferente para andar en la bola.

PRAXEDIS.— ¿Nos va a traicionar, Nicolás?... ¿Hablará con el Capitán?

NICOLÁS.— No me mencione a ese hombre, ni siquiera me interrogó. [A BENJAMÍN.]

¡Como me llamo Nicolás, tú vas a salvarte! Unas armas no valen tu vida... Don Praxedis te salvará; si no... ya veremos cómo.

PRAXEDIS.— [Muy calmado.] Está bien, lo intentaré. [Grita a la alborada.] ¡Quiero ver al Capitán!... ¡Necesito hablar con el Capitán! [Oscuro paulatino de la celda.]

ESCENA 10

La cruz de la encrucijada

El área de los interrogatorios se ilumina. El CAPITÁN está sentado, PRAXEDIS dialoga de pie.

CAPITÁN.— ¿Lo pensó bien?

PRAXEDIS.— Toda la noche, ¿Y usted?

CAPITÁN.— La decisión es sólo suya; yo ya tomé la mía.

PRAXEDIS.— ¿Qué gana usted con la guerra? Nada.

CAPITÁN.— Pero esa nada, hoy por hoy, importa.

PRAXEDIS.— Le hago un trato. Le digo el lugar del escondite con una condición.

CAPITÁN.— La que pida.

PRAXEDIS.— No quiero soplones.

CAPITÁN.— Yo no diré nada.

PRAXEDIS.— No me refiero a usted, sino a ellos. Al viejo no le cuesta perder la vida, y el joven parece que tiene madera de héroe.

CAPITÁN.— ¿Y usted tiene madera de héroe?

PRAXEDIS.— Yo... yo he decidido que quiero vivir.

CAPITÁN.— Si callo a los otros dos, ¿hablará?

PRAXEDIS.— Es la condición que pido.

CAPITÁN.— Creo que es una ruindad, pero usted la ha decidido, y es libre de hacerlo. [Se incorpora y ordena.] ¡Cabo! ¡Fusilen de inmediato al viejo y al muchacho!... [Ruido de pasos y de armas. En la lejanía, aparece la VIEJA.] Me alegro que claudicara... por usted y los suyos, pero no creo que pueda volver a vivir en paz. [En tono de arenga.] ¡Pelotón de fusilamiento!... ¡Preparen!... [Aparecen BENJAMÍN y NICOLÁS con los ojos vendados y de pie.] ¡Apunten!...

NICOLÁS.— ¡Hay un error! ¡Don Praxedis!...

CAPITÁN.— ¡Disparen!

Se oyen los disparos. Los cuerpos caen lentamente, como si el tiempo fluyera despacio; ruedan hasta quedar inmóviles. La Vieja está de espaldas

al público y tiene puestas las dos máscaras de las MARÍAS. Se oyen pasos, voces y los dos tiros de gracia.

VIEJA.— ¡Benjamín... Benjamín, te esperaré siempre aunque estés muerto!... ¡Nicolás, nos hemos encontrado por fin en la muerte!... [*La figura de la VIEJA desaparece en la oscuridad.*]

CAPITÁN.— Ya pasó el peor momento. Usted tiene la palabra.

PRAXEDIS.— Ya pasó el peor momento para mí. Ahora comienza el suyo, acaba de matar a dos inocentes que querían hablar. ¡Fue la única forma de callarlos!

CAPITÁN.— ¡Eso lo pagará con su vida!

PRAXEDIS.— Es lo único que tengo.

CAPITÁN.— ¡Se burló de mí!

PRAXEDIS.— ¿No hubiera hecho usted lo mismo?

CAPITÁN.— ¡Yo no nací para ser héroe!

PRAXEDIS.— Ya enredado en la revolución, usted haría lo mismo.

CAPITÁN.— [*Mira en silencio a PRAXEDIS.*] ¿Hay alguien que lo espera?

PRAXEDIS.— Sí... mi esposa. ¿Y a usted?

CAPITÁN.— A mí, ¡nadie!... Me duele matarlo... Dígame su secreto, diré que sus amigos hablaron.

PRAXEDIS.— La decisión fue tomada y me siento en paz.

CAPITÁN.— ¡No lo entiendo!

PRAXEDIS.— Me siento en paz conmigo mismo.

CAPITÁN.— Si me pudiera cambiar por usted...

PRAXEDIS.— Yo no quisiera estar en su lugar.

CAPITÁN.— No haga mi parte más difícil de lo que es.

PRAXEDIS.— Nada le reprocho.

CAPITÁN.— ¿Por que no puede claudicar como todos los hombres?

PRAXEDIS.— ¿Lo quiere saber?... Porque creo en algo.

CAPITÁN.— Esta guerra es una espada intelectual que me taladra la razón. ¡No la comprendo!... ¡Yo ya no puedo creer en mi patria!

PRAXEDIS.— Necesita al menos una esperanza.

CAPITÁN.— Nunca pensé alcanzar la madurez, dándome cuenta que nada he logrado y que nada puedo alcanzar.

PRAXEDIS.— Entonces... nada tengo que decirle. [*PRAXEDIS se dispone a salir hacia el área del fusilamiento.*]

CAPITÁN.— Quiere escribir alguna carta antes de...

PRAXEDIS.— Cuide que mi mujer sepa de mi muerte.

CAPITÁN.— Lo prometo. Ojalá cuando lo haga, pueda comunicarle la emoción que ahora siento... Usted me ha descubierto que la verdadera espada que taladra mi mente es la de mi vacío interior, ahí donde usted está pleno. ¡Le prometo que buscaré!

PRAXEDIS.— Toda búsqueda es esperanza... Adiós y buena suerte.

CAPITÁN.— Adiós.

Oscuro paulatino del área de los interrogatorios. Se oyen ruido de pasos y de armas. PRAXEDIS se coloca para el fusilamiento; no lleva venda. Aparece la silueta de la VIEJA.

CAPITÁN.— ¡Pelotón de fusilamiento!... ¡Preparen!... ¡Apunten!... ¡Disparen!... [*Sonido de los disparos. El cadáver de PRAXEDIS cae con violencia.*]

VIEJA.— Esta historia verdaderamente sucedió. Creo que el dramaturgo la pinceló de más; yo recuerdo los diálogos más jugosos y los personajes más vitales. De todas maneras, seguirá siendo una de mis historias favoritas. [*La oscuridad ha ido comiendo la escena, dejando solamente iluminada a la VIEJA.*] ¿Cuánto durará la libertad que ganará esta revolución? Los héroes son necesarios para equilibrar la historia, siempre han sido antecendidos por otros hombres y mujeres que no vivieron cabalmente la porción de su historia... Y seguirán siendo héroes inútiles mientras la humanidad no aprenda la lección de los tiempos idos.

Algún día estaré contando una historia en la que ustedes serán los personajes... para entonces, todos habrán muerto. Solamente yo sobreviviré... porque yo soy su última amiga... [*La VIEJA se quita la máscara y aparece su verdadero rostro que es el de la MUERTE.*] ¡Buena suerte con su revolución, no la de esta historia, sino la que se vive por dentro, y que es la única que permanece!... ¡Hasta nuestro próximo encuentro!

Oscuro instantáneo. Fin del Acto único.

